Globethics Repository



El Barrio entre la Mitología y la Realidad [The neighborhood between Mythology and Reality]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Gazzoli, Rubén
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-12 16:36:35
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221475

Nueva Sociedad Nro.75 Enero- Febrero 1985, pp. 71-77

El Barrio entre la Mitología y la Realidad

Rubén Gazzoli

Rubén Gazzoli: Arquitecto argentino. Director Ejecutivo del Centro de Estudios del Hábitat "Marcos Winograd". Profesor Asociado en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Ex-investigador jefe del Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR) y ex coordinador de la Comisión de Desarrollo Urbano y Regional del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Esta temática encierra los silencios y las palabras, nuestra capacidad de observación y nuestras vidas en tanto recuerdo de nosotros mismos. Es por ello que su consideración abarca tanto los ámbitos de su preocupación académica como el espacio de las charlas cotidianas y por eso es necesario tener presente que el discurso sobre este tema, aunque adopte la distante forma académica, siempre se encuentra teñido de la experiencia de vida de quien lo escribe.

Esta cuestión de la visión nostálgica e idealizante que con el paso de los años los hombres van viendo su propio pasado, que incluye necesariamente los lugares de su vida cotidiana, hace a una ideológica revalorativa de formas de vida social que no tienen vigencia por lo menos en los ámbitos en que desarrollan hoy su vida cotidiana esos mismos hombres. En algunos casos aun es peor, porque no toman conciencia de que los cambios no se han producido en el ámbito externo a ellos, sino en ellos mismos. En otros casos no sabemos ver lo que pasa más allá del reducido espacio social en que se realiza nuestra vida cotidiana y por ello ignoramos que esas formas pretéritas de relación subsisten en otras partes y entre otros grupos sociales que habitan hoy nuestras ciudades. Estas visiones parciales, a las que se les pretende dar alcance general, son en buena medida el producto de la falta de investigación que rodea a esta temática.

El "fracaso" del proyecto moderno en el campo de la arquitectura y del urbanismo ha dado lugar a la revalorización de formas del pasado. Hoy esa ciudad desordenada, caótica y peligrosa se ha convertido para toda una corriente de pensamiento, en el paradigma de lo que debe ser un centro urbano.

¿Fracasó realmente el proyecto moderno o en realidad no existió capacidad para transformar la visión esquemática, con que éste se larga a la polémica en una postulación rica y superadora?

Esta es a mi juicio una cuestión sustantiva, no para resolver el mero discurso ideológico sino para aportar soluciones acordes a los requerimientos de nuestras ciudades.

Ciudades latinoamericanas en las que la escasez de recursos va aparejada a la velocidad de expansión y a la incapacidad de los sectores populares para crear un hábitat acorde con sus propios requerimientos (para vivir en el mundo actual). Por eso la temática que nos ocupa debe ser vista no sólo desde el punto de vista de cómo se producen formas sociales en un recinto físico preexistente, sino en cómo se crean nuevos recintos que posibiliten el desarrollo de formas de vida sociales superadoras de las hoy existentes.

LA MITOLOGÍA Y LA NOSTALGIA DEL BARRIO

Que los porteños (naturales de Buenos Aires) somos melancólicos, no cabe duda. Es el resultado de nuestro origen migratorio. La migración (el sueño del eterno retorno) y la conciencia de la gran pérdida producen esta característica estructura colectiva de personalidad. Esta ha ayudado a desarrollar entre nosotros algo así como la mitología del barrio. Es decir, ha exacerbado lo que en otras latitudes podría ser reconocido como la revalorización del ámbito de la vida cotidiana.

El planteo consecuente es: el barrio debe ser rescatado, en él se amasan y albergan todos los valores que hacen la existencia de una vida social plena. Detrás de esto no existen análisis ni estudios que lo avalen, que reconozcan qué sectores sociales dieron realidad a esta dimensión social, cuál fue la significación que tuvo para ellos, qué significó el ascenso social de extensos grupos de la población en la modificación de pautas de vida cotidianas, etc. Por último, si se leen con cuidado los trabajos que tratan este tema, se verá que cuando se dice barrio se está hablando en realidad de vecindario.

Lo que refleja la existencia de un valor meramente emotivo es que se supone que el barrio debe ser conservado sobre la base del mantenimiento de una estructura física (o recinto) que responde a soluciones funcionales del pasado. Es así que, como tantas veces en el campo de lo urbano, se confunde forma física con contenido social. Se supone que si se mantiene cierta conformación reaparecerá mágicamente el contenido social que en otra época se instauró en esa forma y se constituyó en ámbito natural de la vida cotidiana.

Esta visión se manifiesta en toda su dimensión entre los arquitectos que, por una cuestión profesional, sobrevaloran la dimensión de las estructuras físicas.

LA REALIDAD DEL VECINDARIO Y DEL BARRIO

El contexto en el que se desarrollan estos escalones de la vida social son los de una sociedad con escasa capacidad de desplazamiento espacial que producía a nivel urbano, como correlato, una clara estratificación ecológica. El primero de los factores mencionados operaba, de hecho, como un freno a la expansión posible de los centros urbanos y esta restricción dimensional tenía efectos sobre las características de ese cuerpo social y sobre las formas que adoptaba la vida cotidiana.

Es así como los barrios "aparecen" como unidades en sí mismas, con niveles significativos de aislamiento entre cada uno de ellos. En esas unidades sociales se desarrollan todos los actos de la vida cotidiana de los individuos que conforman el barrio (por esto mismo se parece más a un vecindario: por la cotidianeidad de los contactos cara a cara de todos sus habitantes).

Por otra parte, la relativa homogeneidad así como la debilidad estructural de la familia, no sólo como entidad productiva sino por la carencia de servicios, dejaba librada la suerte de todos y de cada uno a sus relaciones con los vecinos.

El vecino, en los términos en que define Keler relaciones de vecindad, cumplía un rol esencial para la seguridad y la organización de la vida cotidiana de cada familia. Pero, en la medida en que cada miembro del barrio materializaba en este espacio social todos los requerimientos que hacen a su vida cotidiana, tejía una red de relaciones con sus propios vecinos, cuya significación superaba el contenido mismo de la relación original. Amigos, novias, compañeros de juego, de trabajo, estaban todos en ese pequeño espacio geográfico. Raramente los individuos salían de él.

La calle era el ámbito natural de la vida social. La casa, reservada a la familia, rara vez era abierta a los vecinos.

La relación se establecía y se mantenía en la calle, en el café o en otros espacios de la vida colectiva. Los niños se socializaban en la calle, ahí, en compañía de adolescentes, jóvenes y viejos aprendían las cuestiones básicas para vivir en ese medio social.

Desde la casa se oía la sirena de la fábrica convocando a los trabajadores para una nueva jornada.

Esa pequeña sociedad que con esfuerzo levantaba la ciudad, agotaba su tiempo libre en la vereda de una calle por la que se desplazaban, a velocidades reducidas, escasos vehículos. La calle era un atributo del peatón, en ella se jugaba, se charlaba, se hacían fiestas parroquiales, de las entidades vecinales, en la esquina se reunían los adolescentes.

La familia, fuera del plano afectivo, era una unidad de producción de bienes esenciales para la reproducción de la fuerza de trabajo, que el mercado no proveía o bien lo hacía a precios inaccesibles para los ingresos de un trabajador. La mujer aseguraba y dirigía esta organización fundada en el trabajo remunerado que realizaba el padre de la familia, al que se unirían luego los hijos varones a medida que llegaban a la edad productiva.

Esta forma de vida aseguraba la permanencia durante todo el día de niños y adultos, sobre todo en el espacio público. Eran estos personajes los que elaboraban y daban permanencia a la relación cotidiana entre vecinos.

Los comercios eran parte de los espacios en los que se establecían las relaciones entre los habitantes del barrio. En él se encontraban, se conocían y establecían una primera forma de relación aquellos que no eran vecinos inmediatos (en términos espaciales).

Estos eran los ámbitos en los que se articulaba ese espacio social reconocido como vecindario.

El barrio era una unidad de nivel superior, un escalón más alto en la unidad comunitaria. Articulado básicamente en el espacio del consumo, que incluía la lucha territorial reivindicativa del derecho al consumo de los bienes colectivos. Los comercios y servicios del centro barrial, las comisiones de fomento, los clubes, creaban las condiciones para el encuentro periódico u ocasional entre integrantes del mismo barrio que pertenecían a distintos vecindarios. En estos lugares se estructuraban redes de relaciones sociales mediadas por el consumo, que tenían contenidos afectivos y fundaban lazos de solidaridad.

El ámbito de trabajo, constituido básicamente por pequeñas y medianas plantas de manufactura, intensivas en mano de obra, más parecidas a centros artesanales que

a las industrias actuales, por las mismas características del proceso de trabajo posibilitaba el establecimiento de relaciones de compañerismo que muchas veces derivaban en amistades que superaban el marco de la fábrica.

La fábrica era parte del barrio, los obreros vivían en sus proximidades, lo que aseguraba el encuentro permanente y casual en los espacios públicos del barrio. Los desplazamientos se hacían a pie o en bicicleta. Pocos tomaban el ómnibus o el tranvía para llegar.

Este pequeño universo era también el espacio en el que se trasculturaban los individuos (en general migrantes europeos) y producían una nueva forma cultural. La relativa homogeneidad socioeconómica y fundamentalmente el ser partícipes (más allá de sus voluntades) de la construcción de formas culturales comunes, ponía las condiciones para el establecimiento de una comunicación plena y rica entre los individuos que integraban estas unidades. Esta era la condición cohesionante, la mayoría participaba de los mismos valores y su visión del mundo devenía de experiencias de vida similares.

Los adolescentes (hijos de migrantes) armaban su vida y sus proyectos en el silencio de las siestas para luego soñarlos en las mesas de cafés o en las esquinas de los encuentros diarios.

Esta forma de vida cotidiana llevaba en su seno un casi asfixiante control social sobre cada uno de los miembros. Para eludirlo circunstancialmente, los jóvenes iban al centro de la ciudad donde el anonimato podía ampararlos para vivir aventuras que serían severamente censuradas por los vecinos, si se enteraban.

Los valores de un mundo rezagado históricamente, donde el capitalismo era aún una fuerza incipiente, ponía las bases éticas y morales sobre las que se estructuraban las relaciones, aún las comerciales. La palabra, la conducta recta y la honradez eran valores fundamentales y actuaban como restricción para el mejoramiento de la condición económica de los individuos. "Pobre, pero honrado" - frase común entre la gente humilde - era una definición de una ética de vida.

El ascenso económico, en general, no funcionaba como una barrera entre los vecinos porque seguían adhiriendo al mismo universo cultural.

La movilidad espacial era escasa. La mayoría habitaba en viviendas que ellos mismos se habían construido; eso y la permanencia en el empleo cercano ayudaban a

inmovilizar a las familias. No era así en los barrios de clase media, que habitaban en lugares céntricos en los que dominaban los edificios de departamento destinados a alquiler o bien las zonas de conventillos en que sectores de clase obrera rentaban habitaciones.

Ese mundo en el que las aspiraciones populares de consumo eran limitadas, ya que la estrategia capitalista aún consistía en producir para un reducido sector que constituía la demanda solvente, se irá alterando decisivamente entre los años 40 y 50 y transformando la forma de vida cotidiana que tenía lugar en los recintos descritos hasta aquí.

El vecindario y el barrio eran así unidades sociales que respondían a la lógica del sistema de vida de los sectores populares que habitaban en ciudades como Rosario y Buenos Aires.

LA SITUACIÓN ACTUAL

Las profundas transformaciones que sufrió el mundo en estos últimos cuarenta años han tenido efectos en todas las sociedades, pero quizás han herido más profundamente a las de los países subdesarrollados en las que el estímulo permanente al consumo se enfrenta con la incapacidad estructural para incorporar plenamente a los sectores populares, en los que se ha producido un fenomenal proceso de relocalización, producto de la migración rural-urbana, con las lógicas consecuencias culturales, económicas y políticas y con efectos transformadores sobre los principales centros urbanos.

América Latina asistió a nuevas experiencias sociales, las periferias urbanas crecieron aceleradamente con esos nuevos personajes (los migrantes del interior). Simultáneamente aparecen nuevas formas de hábitat popular: las villas miseria, los cantegriles, las favelas, etc. Los espacios que ayer fueron periféricos, hoy, por efecto de la expansión, pasaron a ser parte del centro o de los anillos intermedios.

Esta mudanza estimuló el incremento de densidad, para mantener y aún aumentar la rentabilidad de la tierra urbana. En Argentina, el nuevo marco jurídico - que posibilitó la venta de departamentos individuales bajo el régimen de propiedad horizontal - aceleró el proceso de transformación de las áreas urbanas. La vivienda individual es desplazada hacia la periferia, lo espacios con buena accesibilidad - son ocupados por edificios de departamentos. Se mejora el sistema de transporte público y crece explosivamente el parque automotor. En esta fase, el capitalismo necesi-

ta incorporar parcialmente al consumo a los sectores populares. La clase media da su color a la ciudad consolidada, los medios de comunicación masiva aparecen en el centro de la escena.

El ascenso social, los cambios del sistema económico y sus prácticas, crean para todo un sector significativo de la población un conjunto de nuevos valores, que podría ser caracterizado como el "consumismo".

Ahora lo decisivo a nivel individual es crecer económicamente para consumir más bienes. La honradez, la lealtad, la palabra, se relativizan o bien no pasan de ser elementos del discurso ético, pero no son ya parte de una práctica concreta. La solidaridad social es sólo un elemento utilizado para desarrollar algunos programas de televisión.

La calle del antiguo vecindario y barrio ha sido transformada en un canal para la circulación de vehículos automotores. Se ha especializado, ha dejado de ser un espacio para la vida social. Ahora, estos nuevos grupos sociales emergentes de la transformación operada en estos 40 años, estructuran redes de relaciones mediadas por otros intereses y por lo tanto la localización espacial de sus integrantes es azaroza. Con los vecinos las distancias se amplían. Casi no existen relaciones de solidaridad y de cooperación. Las condiciones de vida de la clase media, que es la que hoy ocupa los antiguos vecindarios, los liga fundamentalmente a sus actividades productivas. De ella devienen las relaciones, la puja por obtener un lugar destacado en el ámbito social, obliga a dedicar casi todo el tiempo de vida a la misma. Ahora la mujer está incorporada plenamente al aparato productivo. El esquema familiar ha cambiado fundamentalmente, padre y madre trabajan fuera de la casa. Los hijos permanecen casi todo el tiempo al cuidado de personal de servicio o bien son enviados a instituciones especializadas. La antigua producción casera ha desaparecido en este sector de la sociedad. Lo que no se puede comprar en el mercado, no existe.

La vida cotidiana se desliza más fuera del barrio que en él. Los vecinos se encuentran con tan poca frecuencia que no pueden pasar del plano de la relación formal dictada por las normas de la urbanidad.

Los niños son retirados de la calle, porque ésta se ha vuelto peligrosa, se refugian en el interior de edificios que carecen de lugares para sus juegos. El movimiento de

la imagen de televisión sustituye al de los niños[1]. El antiguo recinto urbano que dio lugar a la riqueza de vida del vecindario, no ofrece hoy respuestas adecuadas para los requerimientos sociales de la población que lo habita.

Los cambios experimentados, que han dado lugar a esta nueva sociedad, han sido efectuados sobre una estructura física que fue diseñada para otras formas de ocupación y uso del espacio. Esto ha generado un desajuste que, alentado por la concepción individualista dominante en la sociedad actual ha desarticulado lo que en un momento constituyó el tejido social urbano.

Sin embargo, y como señalamos anteriormente, los sectores populares siguen construyendo la ciudad en la periferia. Reconstruyen en estos nuevos lugares, quizás con mayor precariedad material, el vecindario; también con limitaciones más fuertes que las que tuvieron las generaciones pasadas, ya que la necesidad de que trabajen los dos integrantes de la pareja, así como los largos tiempos de viaje que insume trasladarse al trabajo, sólo les permite una plena vida vecinal los fines de semana; pero, por otra parte, las relaciones de cooperación son también hoy, para este grupo social, imprescindibles para la existencia de cada familia. El bajo salario, la inestabilidad laboral, el aislamiento del lugar en que residen, etc., los obliga a depender de una red de relaciones próximas espacialmente que sólo el vecindario puede dar. Por otra parte, la comunidad de problemas y el peso en sus vidas de las condiciones del hábitat los lleva naturalmente a desarrollar relaciones estrechas de vecindad, única forma de afrontar las carencias que pesan sobre este grupo social.

En estos espacios y entre estos sectores sociales sobreviven formas de vecindario y barrio, hoy extinguidas quizás en las zonas centrales e intermedias, pero en las que hay diferencia de las descritas inicialmente: allí los individuos sólo viven parte de su vida cotidiana ya que sus lugares de trabajo, en general, están fuera de los límites del barrio. Por esto hoy el ámbito de sus vidas cotidianas supera la dimensión barrial, con igual cada individuo establece una red de relaciones sociales más compleja y de mayor dispersión espacial que la de los primitivos habitantes barriales. La consecuencia de esto es que su nivel de pertenencia al barrio ha sido relativizado y, por lo tanto, el peso que ejerce sobre las conductas de las familias es casi nulo. Los modelos de conductas sociales son hoy de un nivel general, y no es la unidad barrial un elemento que incida sobre los mismos. Tampoco es necesariamente el grupo social de referencia, pues el universo de inserción se ha ampliado sustancialmente, en términos reales y "aparentes".

[1]En una encuesta realizada en escuelas de Capital Federal, los niños manifestaron dedicar la mayor parte de su tiempo libre a ver televisión. Los tiempos oscilaban entre 3 y 6 horas diarias.

Las condiciones generales y la propia estructura física han contribuido a que las formas anteriores de vecindario y de barrio se hayan extinguido en sectores urbanos de alta y media densidad en relación con los habitados por población que económica y culturalmente podrían definirse clase media. En la periferia, ciudad nueva, habitada por sectores de población de bajos ingresos, pertenecientes a un universo cultural distinto de los anteriores, se recrean formas similares a las del antiguo vecindario y barrio, sobre una configuración física basada en un esquema funcional pretérito y con tal carencia de equipamiento e infraestructura que sólo asegura una deplorable calidad de vida que no puede ser obviada por la riqueza de la vida social que se materializa en estos ámbitos.

CONCLUSIONES

La primera reflexión que debería hacerse es que hablar de unidades barriales o vecinales sin referirse concretamente a las características del estrato o sector social que las conforman, carece de significación. En general este mismo enfoque significa referirse a ubicaciones concretas en el espacio urbano[2], y aunque existe una clara asociación entre niveles socioeconómicos y localización en el ámbito urbano.

En segundo término, para recrear unidades sociales territoriales como el vecindario y/o el barrio es necesario reconocer los cambios que ha experimentado la sociedad en su conjunto y cada uno de los sectores sociales que la conforman; si no, se cae en el tan común error de pensar que preservando los ámbitos físicos se mantienen los contenidos sociales. Por el contrario, para mantener los contenidos sociales es necesario transformar el ámbito físico, que de alguna manera contribuyó a producir la ruptura de ciertos hábitos de vida. Por ejemplo, la calle - que como señalamos era un ámbito fundamental para la vida social del vecindario y del barrio porque tenía condiciones adecuadas - hoy es un lugar rechazante y peligroso. Rechazante por el nivel de ruido, de tránsito de vehículos; en definitiva: de deterioro ambiental . Peligroso para que un niño juegue en un espacio (la vereda) adherido a una calzada en que circulan vehículos a velocidades relativamente elevadas.

La estrategia hoy debería incluir, entre otras cosas, nuevos ámbitos para la relación vecinal y barrial a través de la dotación de equipamientos adecuados a los requerimientos de la población, una política de transporte urbano que asegure en los sectores residenciales un nivel de tránsito reducido y bajas velocidades de circulación.

[2]No es lo mismo referirse a un espacio consolidado con equipamiento que a los espacios periféricos que parecen de toda infraestructura y equipamiento. Estas características territoriales "objetivas" condicionan significativamente las conductas de los habitantes en términos individuales y colectivos.

Estas acciones deberían ir acompañadas de políticas de renovación urbana que produzcan cambios en la configuración de las unidades residenciales a los efectos de superar los problemas que enfrenta hoy una sociedad que con las conductas del siglo XX se ve restringida a regirse territorialmente por un modelo correspondiente a las necesidades del siglo XV; pero que, además, fue profundamente desvirtuado por el proceso de subdivisión de la tierra que se realizó en el siglo XIX a efectos de aumentar la rentabilidad.

Por último, cabe señalar que para obtener una adecuada calidad de vida urbana es necesario producir un ajuste entre las necesidades de los habitantes y la oferta de servicios territoriales. Para lograrlo hay un solo camino: la participación de los habitantes en el planeamiento y en la construcción de su propio hábitat.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 75 Enero-Febrero de 1985, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**